

PABLO SÁNCHEZ



«Para mí tiene más valor un arte que explore las virtudes imperfectas»

Una «felicidad extraña, confinada en todos los sentidos» invadió la pasada primavera a Pau Luque (Barcelona, 1982), al recibir la noticia de la concesión del Premio Anagrama de Ensayo a su libro 'Las cosas como son y otras fantasías', un texto audaz que analiza la siempre conflictiva relación entre arte y juicio moral. El límite de lo aceptable, habitualmente un territorio fértil para la siembra de discusiones que invaden ámbitos mucho más permeables al conflicto, se disecciona a través de la obra de Iris Murdoch, Nick Cave y Vladimir Nabokov (sobre todo, 'Lolita'). Luque reivindica la ficción como lenguaje posible y propone dar importancia a las «virtudes imperfectas» frente a aquellas que, como la justicia o el bien, «dejan un paisaje moral impoluto».

El autor, que decidió estudiar Derecho «por no tener absolutamente nada claro en la vida», incorpora en la obra su temprana afición por la literatura y el cine. «Mi interés por el asunto del libro –dice– surgió un poco juntando mis inclinaciones deseadas (la filosofía moral, la literatura) y las indeseadas (el Derecho)». Hoy, es doctor e investigador en la Universidad Autónoma de México, país en el que reside desde hace casi siete años.

–'Las cosas como son y otras fantasías' aparece en un tiempo de inflamación del espacio público: son constantes las discusiones morales y la omnipresencia del discurso propagandístico que niega otras formas posibles de comunicación. ¿Es esta una época propicia para los fanáticos?

–Hay, por así decir, una moralización mala del espacio público, pero también hay una moralización buena. La moralización mala es la que copia la retórica del derecho penal y que, cuando se aplica a cualquier esfera de nuestras vidas, conduce de una manera u otra al fanatismo. Pero también hay una manera de moralizar el espacio público que a mí me parece incluso necesaria y que tiene que ver con tomar conciencia, por ejemplo, de qué personajes públicos usan de forma cruel su visibilidad y qué personajes la usan de forma compasiva.

–¿Abordar los grandes dilemas, como son la justicia y el bien, obviando los territorios fronterizos, convierte la diferencia entre arte imaginativo e indecente en un diagnóstico que se hará siempre desde el poder? ¿No es esto un peligro?

–No veo por qué se hará siempre desde el poder. A mí me parece que es un ejercicio que debe hacer cada lector o cada comunidad de lectores. Existe cierta tendencia, desde luego no inexplicable en términos históricos, a creer que cuando los poderes públicos se

ponen a hablar de arte moral e in-moral las cosas van mal. Pero en ningún caso yo propongo que sea el poder quien se ocupe de ello. Hay que perder el miedo a que los ciudadanos hablen y piensen en términos morales del mismo modo a que hay que aumentar el miedo a que sea el poder, tanto el institucional como el fáctico, quien lo haga.

–¿Vivimos en la época más hostil hacia los relatos heroicos y la ficción?

–No sé si hostil, pero sí creo que hay un tipo de desdén en particular hacia la ficción que está bastante extendido. No me atrevería a decir lo mismo de los relatos heroicos, que me parece que gozan de buena salud. Por desgracia.

– Algunas lecturas de 'Lolita', de Nabokov, sostienen que el autor debería haber aplicado una condena explícita de la figura de Humbert Humbert. Esta justicia que se exige compromete las posibilidades del relato. Por ejemplo, sería impensable un acercamiento al Holocausto, exhibiendo la crueldad nazi sí, al final, no brotase la esperanza en la liberación de los campos de exterminio. ¿Dejar la cosa en el aire es lo que descoloca al personal?

–Es posible que eso descoloque al personal. Pero entonces creo que no habría prueba mejor de cómo ha penetrado en la mente colectiva el discurso legalista y cómo éste se aplica a cualquier dimensión de nuestras vidas: si creyé-

ramos que cualquier cosa exige un veredicto de culpabilidad o inocencia, y sobre todo si creyéramos que ese veredicto es la única cosa importante que hay que decir sobre cualquier asunto, sería la derrota del discurso artístico y de quienes creen que el discurso artístico siempre puede sugerirnos o enseñarnos algo desde el punto de vista de lo que yo llamo las virtudes morales imperfectas. La mente legalista es incompatible con el arte imperfectamente moralizado.

–¿Puede explicar la diferencia que usted establece entre virtudes perfectas e imperfectas?

–Las virtudes perfectas son aquellas que, cuando se ponen en práctica, dejan un paisaje moral im-



Pau Luque analiza la relación entre arte y juicio moral. JAVIER ZARCO

Pau Luque Premio Anagrama de Ensayo. El autor de 'Las cosas como son y otras fantasías' reivindica la ficción como un lenguaje posible y plantea la importancia de la conciencia de la realidad



LAS COSAS COMO SON Y OTRAS FANTASÍAS
PAUL LUQUE

Ed.: Anagrama. 2020.
256 páginas. Precio: 16,05 euros

«Un personaje manipulador puede ser glorioso, un autor manipulador es una desgracia»

poluto, sin rastro de inmoralidad. La justicia es posiblemente la más conocida de ellas. Las virtudes imperfectas, en cambio, se ejercen en situaciones en las que es prácticamente imposible que haya armonía moral. Se es compasivo, por ejemplo, con alguien que se ha comportado inmoralmente y no es posible borrar su inmoralidad. Creo que rara vez las virtudes perfectas pueden ser puestas en prácticas. Por eso, para mí, tiene más valor un arte que explore las virtudes imperfectas.

– También dice que hay narración de personajes abyectos o narración abyecta de personajes...

–Sí, es la diferencia, por ejemplo, que media entre un personaje manipulador y un autor manipulador. El primero puede ser glorioso, el segundo es una desgracia.

–¿Cree que el valor de autores como Cave o Nabokov de explorar territorios «con los que no están de acuerdo» seguirá vivo en los nuevos creadores que, hoy, pretenden publicar discos o libros? ¿O hay ya autocensura?

– Sí, sí seguirá vivo, como seguirá vivo el valor de la obra de Shakespeare o algunas tragedias griegas, que tenían personajes infinitamente más crueles o brutales que cualquier obra de Cave o de Nabokov. Hay una querencia tal vez mayor en esta época por cierto perfeccionismo moral en el arte. Pero cada época tiene sus propios marcos morales y cada artista decide entrar en ese marco o no hacerlo de la manera que le parece más oportuna. Si eso es autocensura, es tan vieja y necesaria como las tragedias griegas.

–¿Centrarse en aspectos como la compasión o la lealtad no privaría al arte de su compromiso con las 'grandes preguntas'?

–Para mí las grandes preguntas no suelen ser nada más que abstracciones de las preguntas acerca de la lealtad o la compasión, por mencionar solo algunas preguntas, digamos, pequeñas. A veces son abstracciones más toscas, otras menos. Pero para mí la manera de llegar a las grandes preguntas es empezando por las pequeñas.